

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Ángela López Rovira, 69

SEara Calvo Tarancón, 19

BAILAR ES SOÑAR CON LOS PIES

Cuando la vida te da una oportunidad y después te la quita. Cuando el mundo se vuelve invisible ante tus ojos porque pierde su color. Cuando el miedo ciega corazones rotos. Cuando los zapatos se desgastan y las fuerzas fallan. Muchos interrogantes sin respuesta me sugieren la vida de Ángela. Un millón de dudas que, por mucho que intento que resuelva, no consigue explicarme. Opto por entender, asentir, y mirar dentro de sus ojos para ver si así consigo entrar en su mundo invisible a los míos.

Desborda alegría cuando me la presenta la auxiliar de la clínica. Pasamos a un cuarto más tranquilo. Nos sentamos. Empiezo a preguntarle y ella a contestar. ¿Cuál es tu historia, Ángela? Fui bailarina. También cantaba y actuaba. Artista. Vedette de minifalda y escote en una época difícil de posguerra española. ¿Lo mejor? Huir a otros países donde la libertad no estuviera tan coartada, donde una guerra destructiva no hubiera dejado tanta hambre y miseria por todas partes.

Francia, África, Marruecos, Marsella, Argel, Senegal, Túnez, cualquier escenario era válido para que Ángela brillara sobre él, para que sus trajes de lentejuelas desprendieran luz ante la mirada de los espectadores. No todo el mundo puede presumir de haber recorrido tantos lugares, de haber desafiado a la dictadura fascista que asolaba el país por aquellos años. Pero la historia de Ángela no es una historia de guerra, ni de dictadura, ni de admiración del coraje ante la resistencia por defender aquello en lo que se cree. Es un relato de lucha ante una batalla que la tiene perdida de antemano, contra el paso de los años. El inquebrantable poder del paso del tiempo. Un enfrentamiento contra la vida, o mejor, contra su lado más oscuro. Es una historia de amor, pero no de amor a lo Cenicienta. No tiene final feliz. En realidad, todavía no tiene final.

El amor que siente por él es tan grande que le presta su cuerpo. Salvador, así se llama. Habita con miedo, invisible a los ojos de la gente corriente como nosotros. Su marido espera que le lleguen las fuerzas para superar el miedo que tiene a la vida. Un temor a la existencia que le impide operarse, abandonar el castigado cuerpo de su amada para ver la vida con sus propios ojos, y no a través de los de Ángela. Salvador es muy distinto de Ángela, una mujer luchadora y de espíritu incansable, que sueña con ganarle la batalla a la senectud y poder subirse a un escenario para sentir el calor del público, para hacer lo único que sabe en la vida, que es bailar. Y soñar. Porque también se puede vivir de los sueños, inmersa en un universo onírico que te evada de una cruda realidad que no te gusta, que rechazas por ser cruel, fea y amarga.

Ángela mantiene una relación difícil con sus iguales. Tanta envidia desata su imaginación sin fin, su filosofía rosa, pura, llena de paciencia e infinita ternura que algunos la tachan de loca. ¿Loca? Sí, pero quizás no mucho más que cualquiera.

Ni siquiera hay fotografías que pueda aproximar al lector hacia lo que Ángela despertó en mí. Ninguna imagen vale más que las pocas palabras que digo aquí, que salieron de la boca de Ángela. Y es que es el imaginario es el que mejor sabe dibujar los trazos de la vida de una anciana que un buen día fue feliz, pero que la edad, a fuerza de golpes de realidad, borró su sonrisa infinita.

Qué más da vivir, o soñar. Si no te gusta el mundo, cámbialo, parecen decirme sus ojos, cansados pero aún risueños. Sus pupilas todavía guardan todas las miradas que quiso transmitir, reflejan todos los lugares que vio y soñó, siempre subidos en escenarios de nubes.

Aquello que nota Ángela cuando pisa un escenario es un sentimiento que guarda con enorme recelo, y que, suministrado diariamente con cuentagotas, se convierte en el elixir de su vida, en lo que le hace sacar fuerzas de la flaqueza de su locura ciega y sana, para sostener su peso propio y el de su marido, Salvador, que come, que vive, que sueña, dentro de ella.

Recordar, compartir, aprender

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

El sentido de la vida de Ángela nunca lo he tenido muy claro. Quizás es que no he sabido enfocar con acierto la pregunta. Algunas palabras salen de su boca, como “alcanzar la victoria” o “tener suerte como mujer”. En la vida alcanzar la victoria significa lograr ser feliz. Un estado que Ángela todavía ansía conseguir, porque no ha sido feliz desde que se bajó de los escenarios, ni desde que Salvador desapareció dentro de ella, desde que su amor se hizo invisible a los ojos del mundo que la rodeaba.

Pero nunca es tarde para seguir soñando, porque con los sueños se construyen realidades. Y ese es, precisamente, el sentido de la vida de Ángela –al menos, el que me ha dejado descubrir–. Luchar por que se cumplan los sueños, por llegar a ser lo que realmente quieres ser. Ella lo logró, y fue feliz haciendo lo que le gustaba hacer, que era subirse a un escenario y brillar. Los aplausos de la gente la animaban. La emoción de los segundos de antes de actuar se equipara con pocas cosas. Son los pequeños detalles los que hacen que la vida valga la pena.